

**HAROLD  
ALVARADO TENORIO**

(Recibido: 25-02-2016;  
Aceptado: 05-07-2016)  
Resumen

Cuando Guillermo de Torre sostiene que una generación es un conglomerado de espíritus que en un momento dado se expresan de manera unánime respecto de ciertos asuntos, ya para afirmarlos, ya para negarlos, así no hayan nacido en los mismos años, pero sí aparecido en los mismos momentos, sea con libros, revistas, manifiestos, proclamas, etc., lo que han llamado *Zeitgeist*, el espíritu. Y en nuestro caso no hubo para más o para menos que Mayo de 1968, año y mes del inicio del siglo XXI. En Colombia el Siglo XX habría terminado con la creación del Frente Nacional, el invento político de Alberto Lleras Camargo para continuar ejerciendo un poder, en nombre de la democracia, que había venido profesando desde el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo.

Palabras clave

Amistad, público, loco, anticomunista, historia, mitología, literatura.

## Abstract

When Guillermo de Torre maintains that a generation is a conglomerate of spirits that at any given time are expressed unanimously in certain matters, already to affirm them, already to deny them, thus not were born in the same years, but appeared in the same moments, with books, magazines, manifestos, slogans, etc., what is called Zeitgeist, the spirit. And in our case there for more or less than May 1968, year and month of the beginning of the 21st century. In Colombia the 20th century would have ended with the creation of the national front, the political invention of Alberto Lleras Camargo to continue to exercise a power, in the name of democracy, which had been claiming since the first Government of Alfonso López Pumarejo.

## Keywords

Friendship, public, crazy, anti-communist, history, mythology, literature.

# Raúl Gómez Jattin

Cuando Augusto Comte habló de Generaciones sugirió treinta años para cada lapso, tal como Pedro Henríquez Ureña diseñó las Corrientes literarias en la América Hispánica (1941) a partir de sus lecturas de Ortega y Gasset, para quien la vida se divide en cinco edades de 15 años cada una, en las cuales, dependiendo del momento y lugar, un individuo compartiría con otros herencia cultural, fecha de nacimiento, ciertos factores educativos, una comunidad de intereses y lazos personales, experiencias, la presencia de un líder y un lenguaje común mientras experimenta el anquilosamiento de la generación anterior. Pero lo cierto es que por ser una clasificación ajena a los individuos que pretende ordenar, para ser remotamente ciertas, respecto de las ideologías

y las artes, debe contar con la conciencia –individual o colectiva– de que esas mismas cosas estaban sucediendo a sus integrantes. Lo que nos lleva a Guillermo de Torre cuando sostiene que una generación es un conglomerado de espíritus que en un momento dado se expresan de manera unánime respecto de ciertos asuntos, ya para afirmarlos, ya para negarlos, así no hayan nacido en los mismos años, pero sí aparecido en los mismos momentos, sea con libros, revistas, manifiestos, proclamas, etc., lo que han llamado *Zeitgeist*, el espíritu, el aire del tiempo, la atmósfera de una época, de los que nadie se libra y todos recuerdan. Y en nuestro caso, no hubo otro, para más o para menos, que Mayo de 1968, año y mes del inicio del siglo *xxi*.

En Colombia el Siglo *xx* habría terminado con la creación del Frente Nacional, el invento político de Alberto Lleras Camargo para continuar ejerciendo un poder, en nombre de la democracia, que había venido profesando desde el primer

gobierno de Alfonso López Pumarejo, cuando sobrepadamente abortó todas las posibilidades de avance y cambio en un país que seguía viviendo, al final de la I Guerra Mundial, en la Edad Media. “Tíbet de Suramérica” se le llamaría más tarde.

Terminada la Guerra de los Mil Días el país vivió, hasta la caída del partido liberal, durante el segundo gobierno de López Pumarejo, de la mano de Alberto Lleras Camargo, una relativa y extensa prosperidad que vino a resquebrajarse bajo los gobiernos de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla. Y aun cuando los gobiernos militares, los caudillos y el populismo no hayan prosperado aquí como en otras naciones del continente y el analfabetismo haya decrecido del 58 a comienzos del siglo pasado a un 7% de hoy, cuando la página mejor leída del principal diario nacional es la de ortografía, nadie influyó más con su ideología y poder que ese aparente demócrata, que hizo de Colombia una nación corrupta y criminal.

“En ambos gobiernos –escribió con implacable clarividencia Gabriel García Márquez siete años después de su muerte– cumplió Alberto Lleras su destino ineludible de componedor de entuertos, y en ambos [a Mariano Ospina Pérez y a Guillermo León Valencia] con el desenlace incómodo de entregar el poder al partido contrario. En ambos fue lúcido, sobrio y distante, y conciliador de buenos

modos, pero de mano dura cuando le pareció eficaz. Lo que no se le pudo pasar siquiera por la mente es que la perversión de su fórmula maestra del Frente Nacional sería el origen de la despolitización del país, la dispersión de los partidos, la disolución moral, la corrupción estatal, en medio de la rebatiña de un botón compartido por una clase política desafortunada. Es decir: el cataclismo ético que en este año de espantos de 1997 está desbaratando a la nación.”

Fue, en la apariencia, un humilde periodista que llegó por azares del destino a controlar la historia de su país por más de medio siglo, pero en lo más hondo de su verdad histórica, el ideólogo y ejecutor de la peor catástrofe vivida por nación suramericana alguna desde el aciago día que Simón Bolívar aban-

donó Santa Fe en las manos de Francisco de Paula Santander, el digno paradigma de Lleras Camargo. Porque como a Plutarco Elías Calle y Lázaro Cárdenas, importaba más la gloria que el futuro de sus repúblicas. Y para ello era necesario dar vida eterna a los partidos que les habían llevado al poder.

“Caí en cuenta, escribió Lucas Caballero Calderón, que la mayor preocupación de ALLC fue que no se cayera el Partido Liberal y en la defensa obstinada de esa tesis oportunista e inmoral está la clave de todos sus claroscuros y claudicaciones. Lo que importa no es que la sal se corrompa sino que el rebaño se acostumbre a ella. Por eso calló en la segunda administración de López Pumarejo, por eso fue alcahueta de los negocios familiares del segundo, cuando la indignación nacional amenazaba dar en tierra con el Mandato Claro de López Michelsen. Pero hubo una excepción. En 1946, cuando para evitar que un liberal de su generación llegara al poder antes que él, privó su vanidad y se olvidó del partido.”

Fue entonces, cuando poniendo en práctica algunas de sus creencias contra la li-

teratura y en especial contra la poesía, cuando los ministerios de educación abolieron la lírica

y la historia patria de sus exigencias curriculares. Durante el primer gobierno del Frente Nacional comenzaron a desaparecer los textos de enseñanza de la literatura y la lengua donde la médula era el texto mismo. Como Rafael Uribe Uribe [véase Liberalismo y poesía, en **Zona**, Bogotá, abril 9, 1986], Lleras Camargo y su ministro creían que la poesía era una de las causales de la violencia y la ausencia de progreso.

La década que se inició con los estudiantes de París pidiendo lo imposible fue también la era de los disturbios y el radicalismo juvenil en toda América, una crítica sin cuartel contra todo tipo de dominación, practicada con alegría y cólera. El crecimiento del alistamiento universitario convirtió a los estudiantes en una influencia incontenible cargada de un cosmopolitismo nunca antes visto. Es entonces cuando todo el mundo cae en cuenta que las sociedades latinoamericanas se habían urbanizado y que cientos de miles de campesinos emprendían cada día el abandono de sus parcelas para engrosar los cinturones de miseria de las capitales y centros de poder. Rulfo, Borges, Cortázar, García Márquez, Var-

gas Llosa, Cabrera Infante, Onetti, Ferreira Gullar y Octavio Paz certificaban que por vez primera los latinoamericanos éramos contemporáneos de todos los hombres, demostrando que, como nunca antes, pero desde Rubén Darío, teníamos una identidad continental que se expresaba en la poesía. Los más bellos libros de entonces no fueron otra cosa ni tuvieron otro tono.

En Colombia ya había sucedido una rebelión juvenil, pero no de la mano de las nuevas fuerzas sociales, los partidos proscritos o los campesinos desplazados y sus cientos de miles de muertos. El establecimiento, para Mayo de 1968, hacía ya una década promovía, mientras bombardeaba los campos, incrementaba la burocracia, aceitaba la corrupción de jueces y gobernantes, ignoraba la tortura y el asesinato de los activistas del guerrillerismo castrista y maoísta, una secta llamada El Nadaísmo, que no sólo había suplantado el protagonismo de los radicales del MRL y Mito, sino que era la más viva expresión y anuncio de lo que estaba naciendo: el basilisco del narcotráfico.

“Solidarios con Fidel Castro en el caso Padilla –ha escrito JG Cobo Borda- los nadaístas vieron cómo su propósito de oxigenar el ámbito cultural contrastaba con

el papel ciertamente anacrónico que el poeta continuaba desempeñando en medio de un país que se expandía en forma desordenada, y crecía desquiciando de paso todas sus estructuras a una velocidad mucho mayor que aquella con la cual el ingenio del grupo, en tantos casos convertido en simple bufonería, intentaba encarnarla. Camilo Torres moría en la guerrilla, que actualizaba sus métodos de lucha secuestrando el cuerpo diplomático o bombardeando el palacio presidencial. Ningún nadaísta, bajo los efectos de las drogas que convirtieron en parte de su arsenal subversivo, pudo haber previsto semejante delirio. La moral se relajó, liberalizándose; cuatro o cinco grandes compañías financieras concentraron el capital disponible y la marihuana dejó de ser un fruto prohibido para convertirse en la mayor fuente de divisas. Después de su caída la cocaína continúa manteniendo una economía subterránea paralela a la oficial y en muchos casos más rica. Todo lo anterior lo escribo pensando que los nadaístas prestaron una atención casi exclusiva a la actualidad más inmediata, lo cual contribuyó a rebajar su afán creativo. Prefirieron la atracción de la noticia a la ascesis distanciada que implica la poesía.”

Es en medio de todo este batiburrillo cuando surgen los escritores que aquí consideramos miembros de una Generación Desencantada, poetas, narradores, ensayistas y dramaturgos cuyo signo fue la desconfianza respecto de tantas voces y aplausos, y la búsqueda, afanosa, de unas tradiciones donde asistirse, luego de la iconoclasia y borrón y cuenta nueva que habían prohijado de la mano de los Nadaístas los Frenetacionalistas. En 1968, cuando todo cambiaba en el mundo y en Colombia el gobierno de Car-

los Lleras Restrepo consumaba la destrucción de la vieja universidad liberal y la educación laica, como dos astros solitarios en el firmamento de la lengua aparecieron Cien años de soledad y Los poemas de la ofensa, la más bella demostración de que ninguno de los enemigos del hombre, en estas tierras, había podido vencer el arte de la literatura y su máxima expresión: La poesía.

Un regreso por las tradiciones de la lengua, tratando de salvar del naufragio el arte viejo de escribir bien, son sin duda las obras

que publicarían a partir de entonces, con tonos que parecieran borrar el cinismo y las ironías de la banda nadaísta, nostálgicos y desencantados, Antonio Caballero, [*Sin remedio*, 1984], Elkin Restrepo, [*La sombra de otros lugares*, 1973], Fernando Vallejo, [*Los días azules*, 1985], Giovanni Quessep, [*Duración y leyenda*, 1972], Gustavo Álvarez Gardeazábal, [*Cóndores no entierran todos los días*, 1971], JG Cobo Borda, [*Consejos para sobrevivir*, 1974], José Manuel Arango, [*Este lugar de la noche*, 1973], Luis Fayad, [*Los parientes de Ester*, 1978], María Mercedes Carranza, [*Vainas y otros poemas*, 1970] y Marvel Moreno, [*Algo tan feo en la vida de una señora bien*, 1980].

Libros entramados con unos lenguajes nada enfáticos, surgidos de las lecturas de los maestros de la propia lengua, o de las aficiones a tonos y voces de otros ámbitos lingüísticos frecuentados ya sin las rémoras de la traducción literal, buscando siempre lo que ocultan las evidencias del sentido, rompiendo así con los facilismos de las ideologías y consignas de la moda, sin dejar de documentar un mundo cuyo mayor testimonio es la biografía de poeta Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard, escrita por el periodista Antonio Caballero con una mirada agobiada por las luces de neón, el polvo de una ciudad en per-

manente destrucción, los ruidos incansables del diario martilleo de las nuevas edificaciones, los buses municipales atosigados de voces y canciones altisonantes, los robos, los atracos, las violaciones, la ruina de un mundo que se derrumba cada noche y se levanta muerto de miedo, otra vez, cada día.

Un mundo, el de los años del Frente Nacional, sin remedio.

Un mundo que retrató con su deslumbrante inteligencia Jorge Gaitán Durán en *La revolución invisible* de 1959:

Raúl Gómez Jattin (1945-1997) nació y murió en Cartagena de Indias, víctima del odio colectivo contra los desadaptados y excluidos. Pasó su niñez en el barrio Venus de Cereté atacado por el asma, que no le abandonaría nunca. Hizo su bachillerato junto al periodista Juan Gossaín en el Colegio León XIII de Cartagena, donde descubrió el celuloide, pero pasó buena parte de su vida deambulando por los pueblos del bajo Sinú, mientras sufría severos trastornos de personalidad que le llevaron a incendiar cuartos de hotel, desnudarse en sitios públicos, golpear amigos, etc., luego de estudiar derecho en Bogotá y dirigido más de media docena de obras de teatro y actuado en otras tantas. Su primer libro



fue *Poemas* (1980), publicado cuando tenía ya treinta y cinco años.

Hijo de una pareja de viudos, Pablo Gómez Rainero, abogado, profesor de sociología de la Universidad de Cartagena y Magistrado del Tribunal Contencioso de Córdoba y Lola María Jattin Safar, RGJ consideraba la poesía «un arte del pensamiento que incluye la filosofía; es el arte supremo del pensamiento, es pensamiento vívido, trascendente e inconsciente». La novedad que trajo su lirismo fue el desparpajo con que retrata las relaciones sexuales entre hombres y con animales, pero también cierta capacidad para dar al lenguaje momentos y significados que denoten los matices de los sentimientos íntimos. “Un amor desmesurado y promiscuo –ha escribo

J.G. Cobo Borda-, que recubre hombres y animales, mujeres y paisajes con una sinceridad brutal y conmovedora”. Los amores imposibles, contrariados, con sus encuentros y desencuentros sirven a Gómez Jattin para ofrecer una lectura donde lo sagrado y las trasgresiones cohabitan, dando cuerpo a un erotismo ingenuo y si duda inédito en la poesía colombiana, trascendiendo, con la poesía misma los actos reales, haciendo de ellos un hondo deshojamiento del ser. Nacido en una región que es al tiempo castidad y depravación, ha logrado, en algunos de ellos, decir cuánto placer y dolor depara la satisfacción del placer por los vericuetos de la homoeroticidad, y hablar, también, de las cicatrices que dejan las separaciones y amores no consumados:

En las sábanas de nuestro cielo  
hay nubes perfumadas de axilas  
y delicados residuos de amor  
En la almohada el hueco  
que tu cabeza ha dejado oloroso a jazmines  
Y en mi alma y mi cuerpo el inmenso dolor  
de saber que desprecias mi amor,  
¡Oh tú!, por quien mi vida renació  
dentro la lumbre de la muerte

Poesía de la experiencia que privilegia las pasiones, los afectos y los acontecimientos más que sus posibles interpretaciones desde las ideas. Gómez Jattin no reconstruye solo las violencias tersas de las fornicaciones y sus disparos finales, sino que en otros poemas ofrece arquetipos de una, digamos, dialéctica de las satisfacciones amorosas con la carne prohibida. Kavafis se convierte, entonces, en una arqueología de quien confiesa su pasión a sí mismo, a su extraordinario semejante, a su Narciso de erecto falo y fuerza de macho.

Gómez Jattin gozó de un enorme prestigio gracias al uso teatral de una prosodia que siendo caribe, era la voz misma del poeta. Más que los asuntos lo que atraía al auditorio era el esplendor de su tono, las inflexiones raizales,

coloquiales y obscenas del habla popular de la Costa Atlántica, que aun pueden recordar quienes tuvieron la fortuna de oírle en las plazas y auditorios donde era llevado como un pobre diablo que hablaba como los dioses. Cuando ya nadie recuerde su voz, y tengamos que recurrir al fonógrafo otra vez, podemos empezar a juzgar sus textos. Nadie como él representó la rebeldía y las batallas de los excluidos, los homosexuales, los drogadictos, de los hijueputas, en una sociedad perversa, corrupta y criminal donde hasta el poema se ha convertido en moneda de cambio y poder, de “esos que viven otra historia, la quimera de la felicidad” como dijo a Henry Stein.

Otro poeta víctima de la sociedad del espectáculo.







